

En realidad, los propósitos del pensador inglés es el mismo que pudiera tener cualquier libro destinado a esos fines, pero qué diferencia entre lo que puedan decir aquellos libros y lo que dice éste. Lleno de sabiduría humana, de aquella sabiduría que no se aprende sino que se crea con el vivir, que no se recoge en los libros sino que se ha aprendido en la escuela de la propia experiencia, el libro de Bertrand Russell es utilísimo, y lo es porque llama al hombre a la realidad cercana, le recuerda la atmósfera en que vive y los modos de airearla y recrearla.

Es un libro para gente sana, es decir, para gente que crea en la posibilidad y que sienta la necesidad de vivir una vida tranquila. Es también un libro para gente desgraciada que quiera dejar de serlo que no se empecine, románticamente, al modo de los poetas románticos, en ser desgraciado, creyendo, equivocadamente, que la desgracia es una fuente de inspiración o de energía.

La vida no debe concebirse como un melodrama en el cual el héroe y la heroína atraviesan dificultades increíbles hasta llegar a un final dichoso. Yo vivo y gozo de mis días; mi hijo me sucede y goza de los suyos, y a él le sucede a su vez su hijo. ¿Por qué hacer de esto una tragedia? Por el contrario, si yo viviera eternamente, los goces de la vida acabarían por perder fatalmente su sabor. Siendo como es, la vida conserva perennemente su frescura.

Me calenté ambas manos ante el
[fuego de la vida;
esto se hunde, y estoy dispuesto
[para el viaje.

Esto no es el Eclesiastés; es una doctrina de vida y no de muerte y desolación.—*Manuel Rojas.*

LOS CAMINOS DE LA LIBERTAD, POR
Bertrand Russell.

Un examen rápido, que no por serlo deja de ser interesante, es el que hace Bertrand Russell de las teorías socialistas que pretenden reformar la actual sociedad. No hay hombre que actualmente deje de pensar en las posibles formas de una nueva organización social. Es el tema del momento: ¿qué sucederá? ¿Qué formas sociales vendrán a reemplazar a las actuales, que se sienten bamboleantes, que no satisfacen a la casi totalidad de los seres humanos?

El intento de concebir una nueva y mejor organización de la sociedad humana que substituya al caos destructivo y bárbaro, en el cual los hombres han vivido hasta ahora, no es en manera alguna moderno: es, por lo menos, tan antiguo como Platón, en cuya *República* dió el modelo para las utopías de los filósofos que le sucedieron.

Bertrand Russell examina en este libro las posibilidades de realización que tienen las teorías socialistas, anarquistas y sindicalistas. Después de historiar el origen de ellas y de narrar en forma somera la vida de cada uno de los hombres que crearon o dieron cuerpo a esas doctrinas de organización social, estudia los inconvenientes que presentan para ser llevadas a su reali-

zación. Inmediatamente después, expone las virtudes de cada una y el mayor o menor valor moral, político y económico que tienen. Finalmente, mezclando lo mejor de ellas, propone una forma de organización social.

Esta forma de organización social que el autor del *Análisis de la materia* propone en este libro (1) contempla por separado cada uno de los problemas sociales: la educación, el trabajo, las formas de gobierno, el reparto de la riqueza pública creada por los miembros de esa sociedad, en fin, de todo aquello que en la actualidad anda mal y amenaza caerse. Su posible sociedad es una mezcla del anarquismo y del socialismo gremial inglés, sistema que poseen, el primero, los principios políticos que Bertrand Russell considera mejores, y el segundo, los principios de organización económica más aceptables.

El mundo que tenemos que buscar es un mundo en el cual el es-

píritu creador esté vivo, en el cual la vida sea una aventura llena de alegría y de esperanza, basada más en el impulso de construir que en el deseo de guardar lo que poseamos y de apoderarnos de lo que poseen los demás. Tiene que ser un mundo en el cual el cariño pueda obrar libremente, el amor esté purgado del instinto de la dominación, la crueldad y la envidia hayan sido disipadas por la alegría y el desarrollo ilimitado de todos los instintos constructivos de vida y la llenen de delicias espirituales. Un mundo así es posible; espera solamente que los hombres quieran crearlo.

Estas palabras y estas esperanzas parecen ingenuas, pero no lo son. Si se piensa en el valor que tiene la educación del niño, los admirables frutos que podría dar en una o dos generaciones si se la desviara en un sentido propicio a un sistema social como el que propone Bertrand Russell, se verá que ello no es imposible. Lo difícil es empezar. Pero alguna vez los hombres empezarán. Esa es la esperanza del autor de este libro y la de millones de hombres.—*M. Rojas.*

(1) M. Aguilar, editor.—Madrid, 1932.